

HÉROES ALFABÉTICOS. POR QUÉ HAY QUE LEER NOVELAS

Justo SERNA

Valencia, PUV, 2008, 304 pp.

Todo está en las primeras páginas, en esa carta que, a modo de preámbulo, Justo Serna dirige a los hipotéticos lectores de *Héroes alfabéticos*. Estamos ante un canto a la lectura o, mejor aún, frente a un reconocimiento de la imposibilidad de escritura —de escritura con sentido— sin lector. Serna lo dice de manera más comprensible: «leer es un arte, un modo de incorporar lo que no está, una manera de crear lo que sólo es potencial o implícito». Lo deja dicho en referencia a un género, el de la novela. ¿Por qué circunscribirlo únicamente a la narrativa? Prueben ustedes a sustituir *novela* por *historia* en el párrafo que viene a continuación: «...aun cuando una novela tenga cientos de páginas, en un libro no está todo». Lo omitido, lo elíptico, lo apenas insinuado, incluso lo que ha quedado en el olvido, sólo puede ser rescatado —y sólo en ciertas ocasiones— por el lector. Por el lector de novelas, por el lector de libros de historia, por el lector.

Héroes alfabéticos es pues, antes que nada, una excitación a la lectura. No sólo, ni en realidad de forma prioritaria, porque con ello completamos la labor del novelista —o del historiador. Eso está ahí, queda dicho. Hay, no obstante, mucho más. Lo esencial. La lectura, en la medida que se hace plena y entra en diálogo fecundo con una multiplicidad de voces, permite hacer nuestras las experiencias de los otros. Experiencias que nos enriquecen el yo, nos singularizan y nos hacen más complejos. Idealmente, más sutiles. En definitiva, momentos que nos humanizan.

Si lo genérico, o lo humano si me permiten insistir en la expansión, no fuese razón suficiente está también la coartada profesional. *Héroes* es una incitación a la lectura de novelas, de literatura de creación, a partir de la condición de historiador y para completar, necesariamente, la labor de éste. La de ocasiones, recuerda Serna, en las que la novela se ha ocupado de lo que la historia ha desatendido. El ejemplo más obvio, aunque no por ello menos cierto, es el del Ochocientos. Ahí la novela se ocupó de acercar hasta el lector la vida privada de las naciones. Con la privacidad, dejó entrever el sujeto. Mientras la historia se ocupaba de otra cosa — del pasado político de la colectividad, por ejemplo— la gran novela retrataba las transformaciones radicales que tenían lugar, en tiempos de mudanza, en el interior recatado de los salones de la ciudad burguesa, en la zahúrda proletaria o en los hogares campesinos.

De esa faena complementaria de la narrativa de *creación* también ha dado cuenta, en no menor medida, el Novecientos. En la centuria pasada, el *yo* omitido por la historia y rescatado en su complejidad torturada por Sigmund Freud, reaparece con potencia explicativa en la novela; incluso, como es evidente, en la poesía o en el teatro.

Leer, y aún entre los más osados tratar de escribir, novela, resulta imprescindible para el historiador —y en realidad, tendencialmente, para cualquiera— por un par de razones más elementales, si se quiere, que las evocadas en los párrafos anteriores. Instrumentales, si lo desean. Lo que nos jugamos *sin* lectura es demasiado. El dilema, planteado a la manera de Serna, es el saber si la historia es una aproximación a la vida desde la muerte o si acaba siendo exactamente al revés. No se trata, por todo ello, de buscar en la novela informaciones concretas, datos. De estos últimos contamos, a menudo, con un número suficiente; incluso, en su abundancia, con un efecto aturdidor. En la gran novela deberíamos procurar buscar y encontrar lo que ésta nos puede dar y nos da con generosidad: personajes dotados de hondura, de todas aquellas dimensiones que nos acercan —de nuevo el vocablo— a la condición humana.

La segunda de las motivaciones instrumentales sería incluso de tono aún menor. Aunque dado el abandono en el que el público lector tiene de la producción historiográfica no convendría, en absoluto, desatenderla. Leer permite madurar. Se entiende que madurar literariamente. Es decir, permite hacerse con una voz peculiar, con unos recursos y con unos objetivos gracias a los cuales resulta plausible la ardua tarea de incorporar en plenitud el acontecimiento a un relato. Tarea, por cierto, siempre pendiente.

En la carta a los lectores estará todo. Pero eso no es todo lo que ofrece al lector *Héroes alfabéticos*. El libro se acerca, una vez cumplidas con las obligaciones propedéuticas, a los mitos. A unos mitos, bueno será advertirlo, cuya selección tiene algo, si me permiten la expresión, de generacional. ¿Una limitación del libro? En absoluto. Al fin y al cabo, las nuevas hornadas de jóvenes historiadores —y lectores, evidentemente— tendrán que escoger —si les dejan— y pensar —si tienen el

valor para ello— a sus propios héroes. Se les aproxima, les iba diciendo, Serna, mediante el recurso a una práctica encomiable, la de la relectura. Siempre es bueno, nos advertirá, volver sobre aquellos textos que son o forman parte de nuestro patrimonio de imágenes, sentimientos e ideas. Cada nuevo episodio de lectura es, en cierto sentido, inédito, singular y, a su vez, irrepetible. Suma conocimiento.

Pasan, mediante esa lectura nueva, ahora glosada, y por delante de nuestros ojos un abanico de autores y personajes, libros y películas, sonidos e imágenes. Cada uno de los arquetipos que han sido seleccionados muestran los disfraces en los que se emboscan los sujetos de la historia, en los que nos emboscamos. Son disfraces hechos de retazos verdaderos de uno mismo; estaban sugeridos en los respectivos pasados. Los perfiles se nos aproximan —y ello puede asombrar al lector prevenido u hostil— con una inequívoca mirada histórica que atiende a la cotidianidad de los miedos, las esperanzas, las derrotas, las gestas heroicas llevadas a cabo por seres dotados de carne y huesos, de corazón y de cerebro. Como nosotros; más o menos aventureros. Para Serna creer que la aventura es siempre lejana es una superstición. Superstición que combaten, y vencen, las mejores novelas, los grandes historiadores.

Justo Serna pone a disposición de quien abra las páginas de su libro, exegesis brillantes, o simplemente razonables e imaginativas, de algunos de los nombres más importantes de la narrativa española reciente. De Javier Marías a Luis Landero, de ese Javier Cercas que irrumpe potente con *Soldados de Salamina* en un momento previo a la eclosión de la *memoria*, a la dura, compleja e insobornable mirada, en su voluntad de magisterio moral —para quien suscribe estas líneas, en ocasiones obsesiva— de Antonio Muñoz Molina. Es lo español que ahora está siendo universal, que da cuenta del pasado reciente de España y por lo tanto de todo un continente, de una parte de lo humano. Es Serna un lector inteligente, y voraz, que no se queda en lo cercano, que no se resigna a lo inmediato, que nos aproxima a espacios y universos lejanos, a criaturas asombrosas. La lista es extensa. Sin incluirlos a todos, va de Jorge Luis Borges, siempre Borges, a Gabriel García Márquez; de H. P. Lovecraft a Stanley Kubrick; de James Joyce a William Faulkner... y ese maravilloso *Frankenstein* de Mary Wollstonecraft Shelley. Para mi gusto, y quizá influye ahí el efecto multiplicador de la interacción no ya con la obra sino con el clásico estudio liminar de Isabel Burdiel que abre la edición leída, el mejor de los capítulos de *Héroes*. El más logrado de los arquetipos. Aquél mediante el cual el autor se enfrenta, con más decisión, a la problemática realimentación de los conflictos internos, aquél que mejor evidencia el hecho de la lectura como una balsa que nos rescata del naufragio, aquél en el que se nos muestra como el texto objeto de análisis no es ni una pieza cerrada en sí misma, ni un mero reflejo de lo exterior.

Héroes alfabéticos es una obra de plenitud. El libro, desigual como la vida que recompone, de un lector y de un historiador maduro. Nada enfático —no tiene em-

pacho en admitir que contraponer la lectura del periódico a la de las obras capitales que integran el canon literario es una memez—; buscando las correlaciones culturales ahí donde las hay —sin mecanicismos de tipo alguno, sumando conocimientos en todos los campos del saber que tiene a su alcance—; y, si me lo permiten, libre de constricciones mentales. Abierto a las páginas de la literatura y de la historia.

Ángel Duarte
Universitat de Girona